

Leopoldo en las primeras entrevistas que celebró con lord Elgin le expuso las dificultades que ofrecían para sus pretensiones las relaciones de Austria con Rusia, y manifestó el deseo de que se facilitara el ingreso de esta última potencia en la alianza. Elgin hizo especial hincapié en la importancia que para el Austria tenía la existencia de Turquía, que tan seriamente amenazada se veía por Rusia; y viendo que de la misma opinión era en este punto Leopoldo, llegó a creer que el emperador aceptaba por completo sus proposiciones y renunciaba a la alianza con Rusia. En este sentido escribió a su ministerio y a Berlín, cuya corte decidió entonces que Bischoffswerder presentara al emperador sus proposiciones especiales. Leopoldo se detuvo tres semanas en Florencia, donde se sintió aquejado de cierto malestar y experimentó algunas decepciones a consecuencia de los sucesos de Toscana. A principios de junio llegó a Milán, donde se avistó con Bischoffswerder, con el cual se mostró muy frío en la primera entrevista, a fin de demostrar cuán infundada era la confianza que en Berlín había nacido a consecuencia de las exageraciones de Elgin. Pronto, sin embargo, comprendió que no se le consideraba en manera alguna ligado por sus manifestaciones a Elgin y entonces se mostró más franco y más confiado con Bischoffswerder.

Con estas conferencias de Milán dió Leopoldo nueva dirección a su política que, como hemos visto, se fundaba por completo en una convicción personal y que se presentó luego, como veremos, en abierta oposición con el sistema del príncipe Kaunitz. De importancia suma fueron entonces para el emperador los sucesos que se desarrollaban en Francia y cuya influencia en la política austriaca hemos de examinar en el siguiente capítulo. Por de pronto, basta con hacer constar el hecho de que Leopoldo decidió, en Milán, aceptar la alianza con Prusia y hacer a esta potencia todas las concesiones necesarias. La primera y más importante fué la de firmar la paz con Turquía, cuestión que volvía a ser objeto de debate. Ya hemos visto que la idea que predominaba en el ánimo del canciller austriaco era hacer en parte ineficaces, por medio de las nuevas negociaciones de paz, los artículos perjudiciales al Austria que contenía el tratado de Reichenbach y obtener algunas ventajas de la guerra turca, aprovechando para ello el cambio que en la situación de Europa se había operado. Por esto se oponía a que en el nuevo tratado que había de firmarse con Turquía se hiciera referencia al arreglo de Reichenbach, pues en ello veía una humillación que no reportaba ninguna ventaja ni a Turquía ni a Prusia. Además, a la proposición de que se restableciera el *statu quo ante bellum* contestó que no solo el Austria, sino también Turquía debían cumplir todos los tratados que con fuerza de ley existían. De esta suerte Alt-Orsowa que había sido prometida al Austria en virtud de la paz de Belgrado, y cuya entrega en vano había reclamado desde entonces Turquía, continuaría en poder del Austria que de hecho la había poseído durante la última guerra. También se aplicaría aquel principio a un distrito del Unna, a cuya devolución se había negado hasta entonces la Puerta. Kaunitz estaba dispuesto a ceder algunos territorios y bosques de poco valor, pero quería que quedara garantido el principio del derecho y que lo propio Berlín que Constantinopla se convencieran de que no había que esperar nuevas concesiones por parte del Austria. Reanudadas en mayo las conferencias de Sistowa los delegados austriacos llevaban estas instrucciones y además el encargo de pedir facilidades para la navegación austriaca por los ríos turcos y seguridad para el comercio que hicieran los austriacos en las provincias de Turquía. La Puerta no parecía dispuesta a hacer concesión alguna y persistía en la idea que tenía formada

del *statu quo*, de suerte que los plenipotenciarios austriacos interrumpieron las negociaciones y se retiraron a Bucharest; y así en los mismos días en que Leopoldo sentaba en Milán con Bischoffswerder las bases de una acción común, derivada de una firme alianza, parecía inminente una nueva guerra con Turquía y con ella la anulación de los acuerdos de Reichenbach. Los regimientos imperiales que se encontraban en Hungría y en Valaquia recibieron la orden de volver a las fronteras para poder, en caso necesario, romper de nuevo las hostilidades. En Berlín se trazaron los planes para la próxima guerra, oyéndose para ello el parecer del duque Fernando de Brunswick: 80,000 hombres debían permanecer en la frontera bohemia hasta fines de agosto. El duque estaba dispuesto a tomar el mando de estas fuerzas y quería que el ejército, al primer ataque penetrara lo más adentro que pudiera en Bohemia y Moravia para poder tomar allí posiciones defensivas para el invierno.

Leopoldo, con su energía, evitó por segunda vez el peligro de una guerra entre ambas potencias alemanas. Animábase en su empresa el gran pensamiento del poder y de la preponderancia que unidos su Estado y el prusiano podían ejercer en la política exterior, en favor del mantenimiento del orden y de la paz de Europa. A un verdadero político como era Leopoldo no podía ocultársele que, si desaparecía todo motivo de lucha entre ambas potencias, podrían estas atender mejor a sus intereses comunes. En 26 de junio indicó pues el emperador, desde Milán, al canciller los puntos convenidos con Bischoffswerder, a saber: que se firmara incontinenti la paz en Sistowa tomando por base el *statu quo* conforme al tratado de Reichenbach y sin limitación alguna; que se considerara firmada la alianza entre los soberanos de Austria y de Prusia, cuyas condiciones se fijarían en Viena, cuando regresara el emperador, por este y por Bischoffswerder, y que una vez establecidas estas condiciones, serían puestas en conocimiento de Rusia y de Inglaterra, por si estas potencias querían adherirse ó no a la alianza. En una carta especial que en aquella misma fecha escribió Leopoldo al príncipe le exponía algunos de los motivos que le habían inducido a firmar precipitadamente la paz. «No tenemos ejército, decía, ni estamos preparados para continuar la guerra. Ni nuestra hacienda, ni nuestros intereses nos permiten proseguirla. A la faz de Europa hemos prometido en Reichenbach firmar la paz sobre la base del *statu quo*: el decoro y la lealtad nos obligan a firmar un público y solemne convenio... La alianza con el rey de Prusia es meramente defensiva y recíproca y no veo en ella nada que pueda ser tachado de inconveniente.» Bischoffswerder envió, desde Milán, un correo a Lucchesini, que representaba a Prusia en Sistowa, lo cual fué causa de que los turcos invitaran a los diplomáticos austriacos, que se encontraban en Bucharest, a reanudar las negociaciones. El día 18 de julio comenzaron de nuevo las conferencias y en 4 de agosto se firmó el tratado de paz, que comprendía la renovación de la paz de Belgrado (1739) y la de todos los tratados políticos, mercantiles y marítimos que entre el Austria y la Puerta se habían firmado desde aquella fecha. El Austria devolvió a Turquía todas las comarcas y plazas fuertes que le había conquistado, á excepción de Chotym que debían ocupar los austriacos, como territorio neutral, hasta que se firmara la paz con Rusia. El emperador declaró que para nada quería influir en la continuación de la guerra con Rusia. Se acordó que comisiones mixtas llevaran á cabo la evacuación y cesión de las comarcas conquistadas y el deslinde de las fronteras; que los prisioneros fuesen canjeados sin rescate alguno y que los súbditos que habían abandonado su país ó abrazado la religión del enemigo, no pu-

diesen ser reclamados. La Puerta se comprometía a proteger el comercio, á no alterar los derechos é impuestos que pagaban los comerciantes austriacos y á respetar el libre ejercicio del culto católico. Los embajadores aliados firmaron un protocolo en que se decía que el tratado había sido firmado por la mediación de los reyes de Inglaterra y de Prusia y por la de los Estados generales de Holanda. En un convenio que separadamente firmaron Austria y Turquía se consignó la cesión hecha al Austria de Alt-Orsowa, Czerstin, Dressnik y de la porción de territorio comprendida entre el Glina y el Korana y el Unna, con la condición de que no podrían construirse fortificaciones en dichos puntos. El día 13 de agosto fué ratificado el tratado en Viena y el 23 fueron canjeadas las ratificaciones en Sistowa. El internuncio, baron Herbert, regresó entonces á Constantinopla y el día 11 de febrero llegó á Viena un embajador turco. Los rusos, durante el transcurso del verano de 1791, no habían emprendido operación alguna decisiva, limitándose á conservar la Moldavia que habían conquistado después de la toma de Ismaila.

La posibilidad de una guerra con Prusia y Polonia les obligó a tomar posiciones para estar listos para operar en esta contingencia. Después de las victorias de Babadagh y Matschin, retrocedieron constantemente hacia la orilla izquierda del Danubio. Únicamente el ejército del Cáucaso mandado por Gudowitz conquistó, en 3 de julio, á Anapa, á orillas del mar Negro. La pérdida de esta importante plaza indujo á la Puerta á entrar en negociaciones de paz que dieron por resultado los preliminares de Galacz (11 de agosto) y un armisticio de seis meses. El día 1.º de octubre, comenzaron en Jassy las negociaciones que, después de la muerte de Potemkin, fueron seguidas en nombre de Rusia por el conde Besborodko. En virtud de la paz firmada en 9 enero de 1792 obtuvo Rusia á Oczakof y el territorio comprendido entre el Dniester y el Bug, que fué entonces el río fronterizo. El gran visir turco se dejó convencer, probablemente por soborno, y reconoció nuevamente las condiciones de la paz de Kainardsche, con lo cual se dió á Rusia el derecho de intervenir en las cuestiones de los Principados Danubianos.

En lugar de la cuestión turca, que había absorbido por largo tiempo la atención de las potencias orientales y septentrionales de Europa, y que por entonces perdió ya su importancia, ocupó el primer término la cuestión polaca que debía ser, á su vez, motivo de unión entre Austria y Prusia. Polonia no había aprovechado en toda su extensión la lección clara que se le había dado con la primera desmembración de su territorio, ni había comprendido que el único fundamento de la existencia y de la independencia de un Estado consiste en su propia fuerza. Si los polacos hubiesen tenido el talento de dominar sus pasiones personales y de dar á la reforma política una base moral, todavía hubieran podido conservar su Estado, ya que los sucesos que en el exterior acontecían no se les mostraban muy desfavorables, gracias á la ambición de sus vecinos. Pero la clase dominante, es decir la nobleza, no había llegado aun á ese estado de elevación moral necesaria, el estado llano carecía de importancia y los labradores, á consecuencia de la opresión que sobre ellos pesaba hacia años, estaban poco menos que embrutecidos. Por esto no produjo resultado favorable el llamamiento que después se hizo á las dos clases últimamente mencionadas, para que tomaran el poder y salvaran el Reino. La nación polaca, como todas las demás, había tenido su suerte en sus propias manos, pero se había prostituido y se había aniquilado ante la codicia de las tres grandes potencias que en sus fronteras se habían ido desarrollando. Muy insignificante por cierto fué la satisfacción que quisieron darse los polacos, presentándose como víctimas de

enemigos más poderosos y de una opresión violenta. La historia de todos los pueblos nos demuestra que la menor debilidad y concesión son causa de opresión constante y nos prueba además que Polonia, en la época que estamos estudiando, estaba en todas las condiciones exteriores necesarias para recobrar su antigua significación. Los medios á que para ello debería haber apelado no son difíciles de comprender y están al alcance de todo aquel que quiera investigarlos formalmente. Lo primero que necesitaba Polonia era arreglar su hacienda y aprestar un ejército. Para conseguir ambas cosas, bastaba con que la nobleza, alta y baja, renunciara á su vida de molición, cuidara con celo y con orden de sus patrimonios y ayudara al Estado con sus impuestos y contribuciones, como en los demás países se hacía y no eran de poca monta. Allí donde no hay probidad ni afición al trabajo no pueden producirse quejas contra la opresión, pues la desgracia es entonces merecida y necesaria, y para los depravados y perezosos la libertad es una joya de un precio demasiado exorbitante. La hacienda y el ejército no solo no se habían mejorado después de la primera desmembración, sino que, por el contrario, habían decaído de un modo notable. Lo que quedaba de bienes de la Corona fué vendido ó hipotecado, y el único manantial que los diputados no creían suficientemente agotado, á saber las contribuciones de los labradores, parecía próximo á secarse. La dureza con que los señores trataban á sus siervos impulsaba á estos á emigrar ó á suspender forzosamente sus trabajos. Grandes extensiones de terreno cultivables quedaron incultas, ya porque el labrador no tenía interés alguno en cuidarse de ellas, ya porque carecía de granos para la siembra. A pesar del pomposo título de «gran general de la Corona» que usaba Branicki, las escasas tropas que bajo su mando estaban ofrecían un aspecto deplorable y seguían el ejemplo de su jefe, cuyas cualidades más notables eran la afición á la bebida y la corruptibilidad. Mientras el rey Estanislao, apurado por sus deudas y por las intrigas de sus queridas abandonadas, se unía íntimamente con la zarina desde los comienzos de la guerra turco-rusa, el partido de los patriotas, que tenía mayoría en la Dieta, confiaba en las simpatías de Prusia y en su valioso apoyo para el caso de un conflicto con alguna de las cortes imperiales ó con ambas á la vez. La idea de unirse á Prusia era altamente política si se hubiese seguido con constancia é inteligencia; para conseguirla no debía retrocederse ante un pequeño sacrificio, como era la cesión de Danzig, y era preciso arriesgarlo todo para ser tenido como aliado de Prusia, es decir para poder hacer algo en la guerra que esta debía emprender. Pero el número de hombres independientes era tan escaso en Varsovia, que se hizo imposible seguir esta buena política, por más que hubiese algunos caudillos dotados de excelentes cualidades para ello. El oro de Rusia dominaba en todas las esferas, desde el rey hasta los diputados. Las grandes familias de los Potocki, Czartorisky, Sapieha y Lubomirsky contaban con que á la próxima vacante del trono serían elevadas á él y procuraban robustecer su influencia uniéndose á Rusia. La Dieta resolvió, á principios de enero de 1790, adoptar previamente las medidas necesarias para el caso de una nueva elección de rey; y después de largos debates, resolvió plantear ante las Dietas provinciales, en las cuales estaba reunida toda la nobleza, la cuestión de si convendría, para evitar los peligros de un interregno, proceder en vida del rey á la elección de su sucesor. La mayoría de las Dietas provinciales contestó afirmativamente (1) y se inclinó decididamente

(1) Herrmann, *Historia del Estado ruso*, tomo VI, capítulo 6.º «Polonia desde el Congreso de Reichenbach hasta la paz de Jassy.»

á la elección de la casa de Sajonia, expresando al propio tiempo el temor de que se diera carácter hereditario á la sucesión al trono, cosa que podía ser peligrosa á la libertad de la República. El mandato de la Dieta tocaba á su fin, pero no quería separarse sin decidir acerca de la nueva forma de gobierno. Para asegurar su situación y disfrazar el ilegal abuso que de su mandato quería hacer, robusteciéndose con diputados nuevamente elegidos que comenzaron á desempeñar sus funciones en diciembre de 1790. Uno de los primeros acuerdos que tomó aquella Asamblea, compuesta de 600 individuos, se refirió á la corruptibilidad de sus propios individuos que se dejaban comprar por el oro de Rusia y contra los cuales se decretó la pena de muerte; pero no por eso renunció á sus maquinaciones el embajador ruso, Bulgakoff. La desconfianza y las sospechas impidieron que produjera saludables efectos la cooperación de los pocos elementos honrados y patrióticos de la Dieta, cuyo escaso conocimiento de los negocios y cuya inexperiencia casi justificaban los rumores y sospechas de que eran objeto. La negativa de Inglaterra de entrar en la alianza contra Rusia y el temor que inspiraban las intrigas del embajador ruso en Varsovia, cuyo objeto era hacer de Polonia una especie de secundogenitura del Imperio de los czares, indujeron al partido dominante en la Dieta polaca, que se había puesto nuevamente á la disposición del rey, á dar el golpe de Estado de 3 de mayo de 1791, por el cual se elevó á ley el proyecto de formar una nueva Constitución. El punto mas esencial de esta Constitución fué el siguiente: «Queda establecida la sucesión hereditaria al trono en favor del elector actual de Sajonia y de su hija que será nombrada infanta de Polonia. El rey y la nación buscarán para ella un esposo y los descendientes de esta union formarán el tronco de esa nueva dinastía de reyes polacos.» Todas las cortes extranjeras quedaron sorprendidas por el suceso del 3 de mayo (1).

La política de Austria, respecto de la cuestión polaca consistió, durante el reinado de Leopoldo, en oponerse á que se entablaran íntimas relaciones entre Prusia y Polonia y en extender su propia influencia de tal manera que evitase todo riesgo á los intereses austriacos en Polonia. Kaunitz en un despacho de 31 de diciembre de 1790 declaró que Austria y Rusia podían presenciar tranquilamente la agitación que reinaba en Varsovia esperando que les fuera dado reconquistar la influencia que allí habían ejercido, y lo único que se necesitaba era ponerse de acuerdo acerca de la sucesión al trono. Al Austria no le parecía mal el proyecto sajón, pues de esta manera podía esperarse la consolidación de Polonia, con lo cual quedarían destruidos los esfuerzos que para engrandecerse hacían Prusia y Rusia. No hay pruebas seguras y convincentes de que el emperador Leopoldo influyera directamente en la institución de una dinastía sajona hereditaria ni de que para esto se aliase con los principales personajes del partido dominante en Polonia, como la princesa Adan Czartoriska, el general conde Woyna, etc., etc., pero esto no quiere decir que deba excluirse en absoluto la posibilidad de tal opinión. De todos modos la cuestión no parece tener gran importancia, pues la situación de las potencias

(1) Acerca de la cuestión de si el Austria apoyó el golpe de Estado de Polonia, hay una reñida controversia entre los dos historiadores de Rusia, Herrmann y Enrique de Sybel (Herrmann, *Disertación contra Enrique de Sybel*, Gotha, 1861.—*Datos para la historia de la convención de Viena de 25 de julio de 1791* en las *Investigaciones para la historia alemana*, V y suplemento. *Datos para la historia rusa*, Sybel, en la *Revista histórica* X. XII. XXIII.) Véase sobre esto A. Beer, *Anales para la historia de la época de la Revolución*. *Revista histórica*, tomo XXVII, y *Leopoldo II, Francisco II y Catalina*. En la nueva edición de su *Historia de la Revolución francesa* consigna Sybel la opinión de Raum que viene á ser un término medio entre las de aquellos dos.

respecto del hecho consumado, acerca del cual no cabía ninguna duda, fué determinada mas por las consecuencias que se esperaban que por las causas que le habían dado origen. Para Prusia, la institución de una nueva dinastía polaco-sajona significaba indudablemente por lo menos un retardo en el logro de los esfuerzos que hacia para redondear su territorio en las fronteras orientales. Habiéndose preparado y realizado el golpe de Estado bajo la égida del Austria, cabía dirigir graves censuras contra la deficiencia y la negligencia de la diplomacia prusiana, censuras que se explican dada la lucha entre Hertzberg y el partido que contra él intrigaba. Prusia hubiera debido comprender que la débil y oprimida Polonia tenía que ampararse en otra potencia, desde el momento en que se viese abandonada de Prusia. Que el emperador Leopoldo se mostraba dispuesto á favorecer toda aproximación de Polonia al Austria era indudable; en este punto opinaba de la misma manera que su canciller, difiriendo ambas opiniones únicamente en la apreciación del valor y eficacia de la nueva Constitución. No es, pues, de extrañar que Kaunitz enviara en seguida á los embajadores de Varsovia y Dresde instrucciones acerca de la conducta que debían observar respecto de los acuerdos tomados en 3 de mayo, sin esperar órdenes del emperador que á la sazón se encontraba en Italia; pero el hecho de haber enviado instrucciones desde luego no prueba que hubiese acuerdo previo entre el Austria y la mayoría de la Dieta polaca. El proyecto de una monarquía sajona hereditaria había sido discutido repetidas veces en tiempo de José II y planteado nuevamente hacia un año. Kaunitz había podido enterarse hacia tiempo de lo que sobre él opinaba Leopoldo, sin que el hecho perdiera nada de su importancia por la rapidez con que se llevó á cabo. El contenido de los despachos enviados á Hartig, en Dresde, y á de Caché, en Varsovia, demostraba tan solo el convencimiento del canciller de que el emperador se complacería en tomar parte en la modificación operada, así por la sincera amistad y el respeto que al elector de Sajonia profesaba, como por los deseos que tenía de ver consolidado el Reino de Polonia, á lo cual habían de contribuir poderosamente las reformas. Kaunitz, sin embargo, se equivocó por completo en el juicio que formó sobre la actitud de Rusia frente del nuevo orden de cosas de Polonia. La simpatía que le inspiraba el Imperio de los czares y que se veía alimentada por su odio contra Prusia, le hizo creer que Rusia se contentaría con las ventajas obtenidas en la primera desmembración y renunciaría á sus planes de debilitar mas y mas á Polonia. Cobenzl también consideraba posible una política benévola de Rusia respecto de Polonia y se dejó engañar completamente por el vice-canciller Ostermann acerca de las verdaderas intenciones del gobierno ruso. Tampoco le sorprendía el interés que repentinamente se había despertado en Catalina en pro de una intervención austro-prusiana en Francia.

En Berlin triunfaba, respecto de la cuestión polaca, el nuevo partido contrario á Hertzberg; al lado de este habían sido colocados, desde 1.º de mayo, dos nuevos ministros, los señores Schulenburg y Alvensleben, encargados exclusivamente de los negocios extranjeros. Hertzberg reconocía los perjuicios que podría irrogar á Prusia el golpe de Estado ocurrido en Polonia y aconsejó que el gabinete se opusiera abiertamente á la nueva Constitución. Su proposición no fué contestada, sino que al contrario Bischoffswerder fué enviado á Dresde para felicitar á la corte sajona en nombre del rey, y además se remitió al conde Goltz, en Varsovia, una instrucción en la cual se manifestaba la conformidad de Prusia con el cambio de Constitución en Polonia. Hertzberg había sido moralmente derrotado, á pesar de no haberle

sido definitivamente admitida la dimisión que presentó en 5 de mayo. El Estado utilizó sus servicios en la Academia Real y en la cria de gusanos de seda. Así pues, la segunda misión que Bischoffswerder llevó para el emperador de Austria, implicaba una inteligencia respecto de la cuestión de Polonia, inteligencia á que podía fácilmente llegarse solo con que Leopoldo entrara en la alianza anglo-prusiana. Bischoffswerder se dirigió á Milan, á fin de unir sus esfuerzos á los de lord Elgin, para impedir á toda costa que Rusia interviniera en las negociaciones y señalar como inaceptable para Prusia el ingreso de esta potencia en la alianza. Respecto de Polonia, Federico Guillermo se declaraba dispuesto á garantizar la independencia y la integridad del territorio de la República. «Para tranquilizar al ministerio austriaco acerca de la futura infanta de Polonia» proponía el rey «que esta princesa no pudiera casarse con ningún príncipe de las casas reinantes en las potencias vecinas y que ningún príncipe de estas pudiera nunca ceñir la corona polaca.» Ya hemos expuesto la acogida que á Bischoffswerder se dispensó en Milan, y hemos visto que el emperador rechazó la separación de Rusia, aunque aceptando decididamente la alianza prusiana y aprobando también las proposiciones que el rey hacia respecto del orden de sucesión en Polonia. Tampoco existía entonces contradicción entre la conducta que respecto de Polonia pensaba seguir el Austria y la que esta potencia creía que seguiría Rusia; pero existía divergencia de pareceres acerca de las intenciones del gabinete de San Petersburgo, intenciones que eran rectamente apreciadas en Berlin.

Las negociaciones que para llegar á un acuerdo celebraron Bischoffswerder y el emperador, se vieron notablemente influidas por los sucesos que acontecían en Francia y de los cuales vamos á tratar. La actitud adoptada por Leopoldo respecto de la Revolución francesa es el punto mas importante de su política exterior y la manifestación mas característica de su opinión como hombre de Estado, pues en esta cuestión no se encontró con tradición alguna ni se vio ligado por el estado de cosas existente, á su entrada en el gobierno.

V.—LEOPOLDO Y LA REVOLUCION FRANCESA

Leopoldo y María Antonieta.—Fuga de la familia real.—Alianza con Prusia.—Opinión de las potencias europeas.—Pilitiz.—Sistema de sistemática inacción.—Política ofensiva de la Gironda.—Tratado de alianza de 7 de febrero de 1792.—Muerte de Leopoldo.

La capitulación electoral que Leopoldo había aceptado antes de ser coronado emperador romano-aleman contenía también la obligación de rechazar todo ataque que contra cualquier Estado del Imperio dirigiera el nuevo orden de cosas de Francia. Estos ataques consistieron en la pérdida de los derechos señoriales, de los impuestos de capitación y territorial, de los tributos, de los derechos de consumo, del monopolio y de los impuestos de domicilio que sufrieron los propietarios de territorios alemanes enclavados en la Alsacia francesa, á consecuencia de los acuerdos de la Asamblea nacional de 4, 6, 8 y 11 de agosto de 1789, del decreto suprimiendo el diezmo (noviembre del propio año), de la supresión de toda jurisdicción eclesiástica extranjera (junio de 1790) y del establecimiento de una nueva constitución eclesiástica. Estas disposiciones afectaban á los electores eclesiásticos, á las órdenes alemanas, á los obispos príncipes de Estrasburgo, Spira y Basilea, á los duques de Wurtemberg y del Palatinado de Dos Puentes, al landgrave de Hesse Darmstadt, al margrave de Baden, á los príncipes de Nassau, Leiningen y Lowenstein, etc. Los franceses, sin embargo, dieron á los perjudicados durante mucho tiempo (hasta el otoño de 1790) la esperanza de que se les concedería una indemnización; pero la perspectiva de la creación de los asignados y de la

venta de los bienes nacionales no era la mas á propósito para llevar la tranquilidad á los ánimos. El emperador, á instancias de los Estados perjudicados, dirigió, en 14 de diciembre, al gobierno francés una carta en la cual pedía el restablecimiento del antiguo orden de cosas. Esta carta quedó sin contestación; y entonces el asunto fué discutido por las vías constitucionales en Consejo, solicitándose primero un dictamen y luego un acuerdo de la Dieta en el mismo dictamen fundado. El celo de los príncipes eclesiásticos del Rhin no pudo arrastrar á la mayoría de los miembros laicos de la Dieta á tomar una determinación hostil contra Francia. La opinión de Prusia, segun la cual debía invitarse al emperador á que abogara formalmente en Paris por los intereses de los Estados, fué aceptada, aplazándose, con anuencia del emperador, la intervención formal. Desde los primeros años de la Revolución pudo observarse que la población de las comarcas fronterizas no parecía del todo ajena á la agitación que en Paris se notaba, sino que, por el contrario, se inclinaba cada día mas á los principios democráticos. En los territorios de los obispos de Spira y Lieja produjéronse graves manifestaciones y amenazas. En Lieja, despues de la retirada de las tropas prusianas á quienes estaba confiada la ejecución de los decretos de la Dieta, los círculos de Franconia, de Suabia y del Rhin tuvieron que aprontar para el mismo objeto un contingente de 8,000 hombres, pues el obispo rechazaba el convenio con sus Estados que Prusia le había prometido. Este contingente no consiguió éxito alguno y solo la llegada de los austriacos pudo restablecer aparentemente el orden y la tranquilidad; pero en el fondo no se consiguió la reconciliación de los partidos y la opinión pública no fué en Lieja muy favorable al Imperio. Las quejas que los príncipes alemanes producían contra Francia quedaron muy pronto destruidas por las que presentaron los franceses contra la conducta que los emigrados observaban en las cortes del Rhin, especialmente en Tréveris. Y no solo estas quejas aumentaron las dificultades de la situación para el gobierno del Imperio, sino que también el tren de corte que los príncipes emigrados establecieron en Coblenza, su lujoso aparato, la conducta frívola y ligera de sus caballeros y cortesanos que prodigaban sus bienes propios y los ajenos, y además la indisciplina de las compañías formadas de emigrados produjeron y avivaron el descontento general. Además, Rusia renovó sus pretensiones con el objeto de intervenir como garante de la paz de Westfalia, en las cuestiones alemanas, queriendo, de esta suerte, aprovechar la ocasión que se le ofrecía de influir en el Imperio. Prusia y Austria rechazaron de comun acuerdo tales pretensiones, contra las cuales mostró también la opinión pública su desconfianza (1). Las dos potencias se inclinaban, ya en la primavera de 1791, á no introducir modificación alguna esencial en la situación de Francia y á esperar el ulterior desenvolvimiento de los sucesos. Kaunitz escribía, en 8 de abril, á Kurmaing: «La actitud de la mayor parte de los Estados del Imperio, aun de aquellos que mas vivamente interesados están en los sucesos, necesita una aclaración. Mientras un acuerdo formal de la Dieta no obligue á los Estados á una cooperación proporcionada, la casa de Austria debe considerar este asunto como una cuestión extranjera y solo puede, en pro de los Estados respectivos, hacer amistosas observaciones á Francia, que no le den ocasión ni pretexto para quejarse de que por nuestra parte se trate de romper la union que entre ambas cortes existe» (2). Federico Guillermo declaró que «era preciso esperar

(1) Häusser, *Historia alemana*, I, 2.

(2) Bivenot, *Fuentes para la historia de la política imperial alemana del Austria, durante la Revolución francesa*, tomo I.